

MAGDALENA

Las botellas...

(Las deja sobre la mesa.)

los vasos al lado de ellas...
y para los vasos, vino.

(Lo sirve.)

VALDÉS

*(Atreviéndose á ponerle una mano
en el brazo.)*

¿Y mis flores?...

MAGDALENA

Poned tino,
capitán, en lo que hacéis,
ó, por Dios, que os quedaréis
sin las flores que os destino.

*(Hace intento de ir por ellas al
jardín.)*

VALDÉS

¿Pero os vais al jardín?

MAGDALENA

Sí.

VALDÉS

*(Enlazándola, atrevido, por el
talle.)*

Pues no os vayáis, que perdemos:

permaneced vos, y así,
¿para qué flores queremos,
teniendo el jardín aquí?

MAGDALENA

(Forcejeando por soltarse.)

¡Soltad!

VALDÉS

No.

MAGDALENA

(Con un grito de indignación.)

¡Sí!

DON DIEGO

*(Cogiendo la espada, que quedó
junto á la chimenea, se acerca
impulsivo, á la mesa. Como todos
atienden á la lucha de Valdés y
Magdalena, están de espaldas y no
le ven. Don Diego da con la espada
un golpe en la mesa, que hace gran
estrépito, y dice.)*

¡Basta ya!

*(Todos se vuelven. Magdalena,
libre, corre al lado de Don Diego,
que la pone á su espalda.)*

MAGDALENA

¡No, no, Diego!

*(Los dos soldados echan mano á
las espadas.)*

VALDÉS

(Dando la cara.)

¿Quién va allá?

DON DIEGO

Una espada que, como es
la carga en solo una diestra,
ya no para, hasta después
de cercenaros la vuestra.
¡En guardia!

BRACAMONTE

(Interviniendo.)

No: antes sepamos,
señores, quién es el hombre;
que los pobres que aquí estamos,
á reñir no acostumbramos
con los fantasmas sin nombre.

VALDÉS

(Fanfarrón.)

Y, hecha esta advertencia, tercio
para preguntar: ¿á cuál
desdichado abro en canal?

DON DIEGO

¡Al capitán de este tercio,
Acuña de Carvajal!

VALDÉS

(Dando un paso atrás y bajando su espada; reconociéndole.)

¡Don Diego!

DON DIEGO

¡Y ahora, reñid
como os parezca oportuno;
esta es mi dama: salid
contra mi espada, uno á uno
ó todos, en buena lid!

VALDÉS

(Con un arranque.)

¡Jamás, capitán! Espadas
que lucharon hermanadas
no han de injuriarse cruzadas;
¡vuestras son!, pero después
que las miréis bien honradas,
por nuestra mano arrojadas
de vuestra dama á los pies!

(Con un gesto gallardo, tira él su espada á los pies de Magdalena; los demás inclinan la suya. Don Diego, ganado por este gesto de raza, lucha un momento con sus propios sentimientos: al fin, vencido, tiende los brazos á Valdés, diciendo.)

DON DIEGO

¡Basta!

VALDÉS

¡Don Diego, un abrazo,
que fué duro el linternazo,
aunque, por Dios, merecido!

*(Se abrazan. Por Magdalena, con
galantería.)*

Con tal médico, no ha sido
milagro curar del brazo.

(Vuelto á los soldados.)

Y vaya una explicación
que ilustre á la compañía:
señores: estos dos son
la mujer de mi visión
y el capitán de aquel día.

*(Magdalena queda á un lado; to-
dos los soldados se acercan á Don
Diego, tendiéndole la mano, envol-
viéndole, arrastrándole insensible-
mente, por la corriente de toda su
vida.)*

GAYTÁN

(Levantando su vaso.)

¡Por el capitán un vaso!

ZAPATA

¡Por él!

DON DIEGO

¡Por el tercio!

GAYTÁN

¡Quiero
ser yo el primero y no espero!

*(Se sirve antes que nadie y levan-
ta el vaso á la salud del capitán.)*

VALDÉS

(Echándose atrás.)

Por ser el último paso;
que el último es el primero.

BRACAMONTE

Capitán, ¿y vos no hacéis
la campaña?

DON DIEGO

(Excusándose torpemente.)

¡Estoy ya viejo!

BRACAMONTE

¡Pues á fe que lo escondéis!

GAYTÁN

¡Miraos vos en su espejo;
que una cicatriz hacéis
de cada arruga que os veis,
Bracamonte, en el pellejo!

BRACAMONTE

(Riendo.)

¿Habrá osado?

DON DIEGO

(Ganado ya por ellos: sin pensar en nada, como ausente del sitio en que se halla. Magdalena le observa y prepara con el gesto, desde este momento, la escena inmediata.)

¿Y dónde vais en la marcha que os espera?

VALDÉS

¡A Leyden, en la frontera!

DON DIEGO

¡Mucho será lo que hagáis si, en vuestra hazaña, igualáis la gloria de la primera!

GAYTÁN

¿Fué tanta?

BRACAMONTE

(Ponderativo.)

¡Por vida mía!...

DON DIEGO

El de Alba, entonces, tenía el mando, por nuestra España, y encontró brava la hazaña: ¡pensad vos cómo sería!

GAYTÁN

¡Nunca un hecho es singular!

Donde otros puedan llegar, llego también con mi afán.

DON DIEGO

¿Y estos son hombres, Gaytán, que van un hecho á igualar y á superarlo no van?

(Enardeciéndose, á todos los compañeros.)

Pensad...

VALDÉS

(Riendo.)

¡Ya está el capitán en actitud de arengar!

DON DIEGO

(Conteniéndose y callando.)

Sí, perdón.

VALDÉS

Recuerdo entera la razón que nos dijisteis en Brúguel, la vez postrera que, arrancando una bandera, con el tercio combatisteis:

(Dando cierta solemnidad al tono con que recuerda las palabras de Don Diego.)

«¡Por España, y el que quiera defenderla, honrado muera;

y el que, traidor la abandone,
no tenga quien le perdone,
ni en tierra santa cobijo,
ni una cruz en sus despojos,
ni las manos de un buen hijo
para cerrarle los ojos!»

(Magdalena, que se ha ido acercando al grupo, sigue con ansiedad indecible las palabras de Valdés, tremendas en esta circunstancia. Al acabar, horrorizada por la maldición del propio Don Diego, no puede reprimir un grito del alma, rechazándola.)

MAGDALENA

¡No!

(Rapidísimo; su propia voz hace que se dé cuenta del desvarío en que está: se calla bruscamente; se ampara de Don Diego, que acude á ella dominándose.)

DON DIEGO

¡Magdalena!

BRACAMONTE

(Los demás, un poco desconcertados, cambian miradas entre sí.)

¿Qué os pasa,
señora?

DON DIEGO

La fuerza ha sido

de la visión, que la ha herido :

(Dando una explicación en voz natural, tranquilo.)

porque hay un hijo en la casa,
Bracamonte.

BRACAMONTE

¡Y bien nacido
será, que habiendo tenido
en vos padre tan cumplido,
tal madre en vos, noble dama,
por fuerza que habrá bebido
savia del árbol la rama!

(Mientras Bracamonte pronuncia estas palabras, todos se habrán puesto en pie. Don Diego mantiene cogida á su mujer, que poco á poco se reporta; al terminar sus palabras Bracamonte, se separa Magdalena de Don Diego y aun se le ve á él luchar por ampararla todavía.)

DON DIEGO

(A Magdalena.)

¿Ya estás confortada?

MAGDALENA

(Decisión solemne; mirándole á los ojos fijamente.)

¡Sí!

(Se aparta de él y ya no vuelve á

formar parte del grupo; suena lejano, pero perceptible, el redoble de un tambor.)

BRACAMONTE

(A Don Diego.)

Y con esto os dejaremos,
capitán; que no podemos
permanecer más aquí.

DON DIEGO

(Desencantado.)

¿Tan pronto os vais?

VALDÉS

El redoble
de este tambor, en el prado
nos convoca.

GAYTÁN

Ya ha llegado
la hora de las gracias, noble
señor.

(Le estrecha las manos.)

VALDÉS

(Con sinceridad.)

Hallaros, Don Diego,
para separarnos luego,
no es gusto, es tristeza doble.

(Le estrecha las manos; con galantería, siempre cortés.)

—En Leyden, de fijo, habrá
un estandarte altanero
que arrancar, con el acero,
de la torre donde está.
Pues, por vuestra dama va:
si bien le arranco, os le traigo;
y si en la contienda caigo,
¡bien empleado estará!

(Vuelven á estrecharse las manos, que han tenido unidas todo el rato, y Don Diego le pone la suya en el hombro, amistosamente. Valdés inclinase caballerosamente ante Magdalena. Todos hacen lo mismo, sin pasar á más, porque la actitud y reserva de ella les detiene el gesto. Van hacia la puerta del fondo. Don Diego les acompaña, medio abrazado á Valdés y rodeado de todos, que le muestran una viva cordialidad.)

BRACAMONTE

¿Peró de cierto os quedáis,
capitán?

(Don Diego hace que sí con la cabeza.)

¡Dadme otro abrazo!

GAYTÁN

¡Y á mí!

VALDÉS

¿No os determináis
á venir?

DON DIEGO

Es corto el plazo.

VALDÉS

Fijadlo: si vos mandáis,
duerme el tercio en el ribazo.

DON DIEGO

No.

BRACAMONTE

¡Gloria os brindo: pensad!

DON DIEGO

No.

VALDÉS

¡Viene, en nuestra hermandad,
por ley y por cifra sola,
la locura, la mitad
de la razón española!

DON DIEGO

¡Basta!

BRACAMONTE

¡Al redoble segundo,
pensad que hemos de arrancar,
y ya no es seguro dar
con nosotros en el mundo!

DON DIEGO

(Casi empujándoles.)

¡Adiós!

BRACAMONTE

(Volviendo á saludarle y los demás, menos los soldados, que han salido ya.)

¡Adiós, si queréis!

DON DIEGO

(A Gaytán, que es el más joven.)¡La suerte os proteja, noble
Gaytán!

GAYTÁN

¡Con ella os quedéis!

VALDÉS

*(Abrazándole ahora.)*Lo dicho: plazo tenéis
hasta el segundo redoble.
Sois bravo; esta es tierra extraña;
no olvidéis, cuando en su saña
la vida una carga os sea,
que morir en la pelea
es morir dentro de España!*(Forman grupo y salen; por un momento les mira Don Diego alejarse: luego abandona la puerta. Sombrio, se sienta en un sillón.)*

Magdalena lucha un instante; inclinándose á su espalda, con voz tiernísima, dice:)

MAGDALENA

Diego, ¿por qué no confías en mí?

DON DIEGO

Magdalena...

MAGDALENA

(Poniéndole la espada en la mano: el rostro horriblemente contraído.)

¡Acaba de sufrir!

DON DIEGO

¿Y tú?

MAGDALENA

Si un día te hieren, Diego, y no hallas quien, para lavar tu sangre, tenga bastante en sus lágrimas, bien recordarás las manos que en un tiempo te curaban.

DON DIEGO

(Como si quisiera abrazarla.)

¡Magdalena!

MAGDALENA

(Con horror.)

¡No me llegues, que las fuerzas me faltaran para separar mis brazos si se juntan en tu espalda!

DON DIEGO

¿Pues esto qué es, Magdalena? Si á ti te hiere y me mata á mí, ¿qué rayo de Dios es, en mi mano, esta espada?

MAGDALENA

¡Esta es la vida, que puede más que el amor, más que el alma, Diego!... Nuestras voluntades cenizas son, y ella es brasa.

DON DIEGO

¡No!... ¡Yo no quiero que sufras!

MAGDALENA

¿Y, con quedarte, evitaras mi sufrimiento, y yo el tuyo, viendo la muerte en tu cara? Se te llevaron al campo la vida que te quedaba; corre, si te quedan fuerzas, de nuevo al campo á buscarla.

DON DIEGO

Yo olvidaré...

MAGDALENA

(Interrumpiéndole enérgica.)

¡Tú no puedes
olvidar ni te dejaran
olvidar, si tú quisieras,
todo el peso de esta casa,
toda la gente á tu lado,
todas sus voces diarias,
toda la sangre que tienes,
todo el fuego que la arrastra...

*(Tumulto lejano: una voz, la de
Mander, se oye desde lejos.)*

MANDER

¡Raza de verdugos!

DON DIEGO

(Transición brusca.)

¿Qué?

*(Se vuelve para escuchar; por la
parte exterior de la puerta, lado
derecho, asoma Juan Pablo, María
Berkey, algún aldeano, hasta for-
mar un grupo en el campo, delante
de la puerta: á este grupo se incor-
pora luego Mander; todos hablan
á gritos: en escena, Don Diego y
Magdalena, con el gesto y la cara
prosiguen su diálogo.)*

MANDER

(Acercándose.)

¡Meser Juan Pablo!

GRONINGA

*(Tendiendo el brazo para señalar
un punto del espacio donde se di-
rigirán todas las miradas.)*

¡Son llamas!

JUAN PABLO

*(Con indignación, que irá crecien-
do en toda esta breve escena, hasta
provocar el apóstrofe final.)*

¡Furia española! Incendiaron,
antes de salir, las casas
que les dieron hospedaje!

POTTER

¡Arde la aldea!

MANDER

¡Así caiga
lluvia de fuego en vosotros
para exterminaros!

POTTER

¡Vayan
sedientos por un camino
y aborte sierpes el agua!

JUAN PABLO

El humo negro que dejan
detrás de ellos, les apaga
el sol de sus glorias: ¡sombras
de muerte cúbrenle, España!

MANDER

¡Maldición!

MAGDALENA

¿Olvidarás?

DON DIEGO

¡Todo ha acabado!

(Yendo á ella.)

MAGDALENA

¡No, aparta!

DON DIEGO

*(Después de luchar, muy rápido,
la besa en la frente.)*

¡Sí!... ¡que es el último acaso!
¡Dios nos deja; tenme, espada!
¡La fatalidad lo quiere:
soy español, y me arrastra!

*(Entre el tumulto de los de afue-
ra, que gritan; llegando á ellos con
un gesto.)*

¡Paso!

*(Se vuelven; conmoción. Don Die-
go pasa entre todos con la espada
en alto y desaparece.)*

MARÍA

¡Hijo mío!

JUAN PABLO

¡Ya ha muerto
para ti; tierra, arrancada
de su tierra, ahora se junta,
que en el hoyo ha de hacer falta.

MARTÍN

¡Ya no se le ve!...

MANDER

Ya brilla
su espada en alto, á las llamas
que los suyos encendieron...

MARTÍN

Tropiezan con él...

*(Suena el redoble de los tercios
muy lejano.)*

JUAN PABLO

(A su mujer, que llora.)

¡Aparta!

*(Unos momentos antes ha apare-
cido Albertino en la puerta del jar-
dín; se para, no entendiendo lo que
ocurre; ve en esto llorar á su ma-
dre: corre á ella.)*

ALBERTINO

¡Madre!... ¡madre mía!... ¿lloras?

(Las flores se le caen en el camino: las últimas, al abrir los brazos para echarlos al cuello de su madre, caen á los pies de ambos.)

MAGDALENA

¡Hijo mío!... Calla... calla...

ALBERTINO

¿Dónde está padre?... ¿Te deja llorar?...

MAGDALENA

¡Hijo mío... calla!

JUAN PABLO

(A Magdalena.)

¿Y lloras por él?

MAGDALENA

No mires
con indignación mis lágrimas;
no son de ninguna tierra,
padre mío... ¡Son del alma!

(Se abrazan: lloran Groninga y María Berkey acercándose al grupo: los demás permanecen en el fondo. Todavía, lejanísimo, redobla el tambor de los tercios.)

TELÓN

ACTO CUARTO

LA PAZ

La misma decoración del acto segundo. Cae la tarde. En escena JUAN PABLO, MARTÍN FROBEL y POTTER junto á la puerta del campo. MANDER, hablando con MARÍA BERKEY y MAGDALENA que, por apartarse de la conversación hace grupo con ALBERTINO.

JUAN PABLO

Ve tú, con buen tiento, Potter,
á lo que tengo mandado;
tú acompañaile, Martín,
y en tu prudencia descanso.

MARTÍN

Y haces bien, que, según son
los tuyos, hoy son mis ánimos.

JUAN PABLO

No olvidéis que, como viene,
más que vencido, domado,
ni estarán en su sazón
reticencias ni entusiasmos;
tratadle como quien es,
dadle apoyo, abridle paso;
si está herido, hacedle cura;